



PRECIOS DE SUSCRICION

ESPAÑA.	
Un trimestre.....	Ptas. 4.
Un año.....	12.
ULTRAMAR Y EXTRANJERO.	
Un semestre.....	Ptas. 12.
Un año.....	20.

ILUSTRACION INFANTIL DECENAL

CON MAGNIFICOS CROMOS, GRABADOS Y CUENTOS ILUSTRADOS.

AÑO I. N.º 3.

MADRID
30 de Enero de 1887.

ADMINISTRADOR:
J. PALACIOS, ARENAL, 27

NÚMEROS SUELTOS

De LA ILUSTRACION con el su-	
plemento en cromo.....	Ptas. 0,25
Idem id. atrasado.....	0,50
Cada ejemplar de los	
cuentos ilustrad s.....	1.

SUMARIO.

TEXTO.

- Conversación familiar,
por
D. Manuel Ossorio y Bernard.
Nuestros grabados.
El suplemento en cromo.
Como crecen los niños,
por
N.
Este era un rey,
por
Juan de Dios Peza.
Derecho natural
por
Ramón Gil Osorio y Sánchez.
Mariquita la vanidosa,
por
M. Polo y Peyrolón.
¿Dulce y sabrosa
por
Mariano del Todo y Herrero.
Falsa educación
comedia,
por
D. José María Sbarbi.
Mosaico.
Juegos de imaginación.
Nuevos problemas.
Anuncio.

GRABADOS.

- La última pincelada.
La niña enferma.
Juan Sebastián de Elcano.

CROMOS DEL SUPLEMENTO.

- Gato montés.
Perros de caza.



LA ÚLTIMA PINCELADA.

CONVERSACIÓN FAMILIAR.

Una nota triste debe encabezar hoy esta sección. La enfermedad difterica y el sarampión prosiguen atacando a muchos tiernos niños, y en los establecimientos de beneficencia y casas de caridad, las enfermedades citadas han causado algunas víctimas. Eminentes profesores insisten en no reconocer carácter epidémico á dichos males; pero siendo estos contagiosos, y ofreciendo bastante peligro para los que los sufren, poco importa que no lo tengan. Cuestión de palabras, pensará alguien; pero pensará mal, sabiendo que dentro del carácter español solo se reservan las grandes precauciones para las enfermedades de gran aparato. Y no me refiero con esto á la conducta de las autoridades de Madrid, que dentro de sus órbitas respectivas, hacen cuanto de ellas depende para aminorar los estragos de la enfermedad difterica.

Al evocar el recuerdo de la difteria, acude involuntariamente á mi memoria otro asunto con ella relacionado. El día 27 del corriente mes, cumplió un año que pasó á mejor vida una dama tan ilustre como caritativa, tan piadosa como emprendedora. Ernestina Manuel de Villena, que así se llamaba, renunció desde su juventud á las dichas y á los triunfos que el mundo le brindaba, para remediar la pobreza y el abandono de los niños huérfanos; y sin bienes de fortuna, acometió la empresa de realizar una fundación en que tuvieran asilo y enseñanza y religiosas costumbres, los niños sin padres, dándoles alimento para el cuerpo y para el espíritu, y abriendo nuevos horizontes para sus almas. En 1859, y por cuenta propia, alquiló una pequeña habitación, recogió en ella á un huérfano, y lo puso al cuidado de una hermana de la Caridad. La simiente estaba arrojada, y bien pronto tuvo Ernestina poderosos auxiliares. La caridad española, á la que nunca se acude en vano, acabó de realizar el milagro, y al caer mortalmente enferma de difteria la fundadora—después de una de sus diarias visitas á los pobres, para llevar alivio á sus males—pudo tener la grata seguridad de que muy en breve estaría terminado el magnífico edificio que en la calle de Claudio Coello da hoy asilo á 130 huérfanos, proporcionándoles instrucción y decoroso oficio para triunfar de las dificultades de la existencia. Las solemnes honras celebradas el día 27 en el grandioso templo del asilo, por el alma de Ernestina Manuel de Villena, renovaron la memoria de sus virtudes y de su resuelto carácter que, en nombre de la

humildad, y á título de limosna, supo elevar á Dios un templo grandioso, á la niñez desvalida un refugio, y á la sociedad un plantel de trabajadores é inteligentes artifices, á la vez que de buenos ciudadanos.

Otro muerto que reclama unas líneas en estas conversaciones, es el Maestro de Escuela de Borines, Oviedo, que ha muerto á la edad de ciento tres años, después de ochenta de dar palmatazos y de enseñar el A, E, I, O, U, y cuando acababan de salirle dos dientes; buena prueba de que comenzaba en el otra vida.

Verter durante ochenta años las semillas del saber en las inteligencias infantiles, empleando los sistemas de Pestalozzi y Montesinos, y alcanzar á conocer el sistema Froebel, es extraordinario. Cuántas veces diría á sus discípulos aquel venerable Maestro:

—Tienes la cabeza tan dura como la de tu abuelo, al cual no me fué posible enseñarle nunca que dos y dos eran cuatro.

Y cuánto debió gozar en sus últimos años, ya al visitar el cementerio, ya al cruzar la plaza del pueblo, diciendo para sí:

—Esos que disfrutaban tranquilos el sueño de la muerte y estos que se afanan por vivir alegres, si supieron algo, fué porque yo les enseñé.

¿Quién sabe si pensaría en los que, sin agitarse aún en la vida, tienen escrito un nombre y señalado un destino en el libro del porvenir?

Lo que no refieren los periódicos que han dado cuenta de la muerte del Maestro de Borines, es que, en el momento de darse sepultura al cadáver, un anciano exclamó con pena:

—Ochenta y cinco años hace que entré en su Escuela, y cincuenta que salí de ella sin saber leer. ¡Pobre Maestro!

—Eso consiste—le interrumpió el alguacil del Ayuntamiento con tono sentencioso;—en que la vida del hombre es muy corta.

Empecé esta conversación hablando de los niños que mueren, y la termino con los viejos de Borines, que parecen inmortales. Sin duda en aquel pueblo asturiano ocurrió lo de los tres viejos, que voy á referiros, á riesgo de que algunos de vosotros lo conozca ya.

Entraba un viajero en una aldea, y tropezó con un viejo de noventa años, que lloraba amargamente.

—¿Qué le pasa, buen amigo?—le preguntó.

—¿Qué ha de pasarme, si no que mi padre me ha pegado...

Y como en esto llegara el aludi-

do, el viajero le increpó diciéndole:

—Pero, hombre, pegar á un hijo de noventa años!... No haga V. eso...

—¡Pues que no vuelva á faltar al respeto á su abuelo!

M. OSSORIO Y BERNARD.

NUESTROS GRABADOS.

LA ÚLTIMA PINCELADA.

Luisita no ha oído contar la historia de los grandes pintores, ni la emulación la impulsa ni aspira á conquistar medallas en las Exposiciones de Bellas Artes; pero, ya se sabe, lámina que cae en sus manos, no sale de ellas sin ostentar los más atrevidos colores. Ella pinta de verde las caras, de colorado las levitas y los cielos amarillos, y tan generosamente prodiga los colores que, á la vez que las láminas, mancha con sus pinturas sus propias ropas y los muebles todos de la casa. En ocasiones carece de pinturas, pero teniendo á mano el tintero de su padre y una brocha, no necesita de mayores elementos para satisfacer sus aficiones.

¡Es mucha la precocidad pictórica de Luisita!

LA NIÑA ENFERMA.

¡Qué tristes presentimientos los de la pobre madre observando los estragos de la enfermedad en la hija de sus entrañas! El dibujante, superior en la expresión á cuantas consideraciones pudiera hacer el literato, ha tenido el acierto de hacer innecesaria toda descripción de su obra, que no puede mirarse sin emoción profunda.

ESTATUA DE JUAN SEBASTIÁN DE ELCAÑO.

Este célebre navegante nació en Guetaria (Vizcaya), y fué uno de los que siguieron á Magallanes en su expedición á las Américas en la época en que éste descubrió el estrecho que lleva su nombre. Embarcaron el viaje cinco navios, y solo volvieron á Sevilla dos, de los que Elcano mandaba uno. Después de la muerte de Magallanes, navegó á las Islas de Sonda, dobló el Cabo de Buena Esperanza y regresó á España en 1523, después de dar la vuelta al mundo en tres años y cuatro meses. El Emperador Carlos V le recompensó dándole por divisa un globo terrestre con la inscripción *Primus me circumdedit*; fuiste el primero que me rodeaste.

El escultor D. Ricardo Bellver se inspiró en este personaje para labrar la estatua cuya reproducción publicamos hoy, y que, después de haber merecido grandes elogios de la crítica al figurar en la Exposición nacional de 1881, se conserva hoy en uno de los patios del Ministerio de Ultramar.

LÁMINAS DEL SUPLEMENTO.

GATO MONTÉS.

Carnicero indomesticable con garras retráctiles. Es una especie pequeña del género *felix* y habita generalmente en Europa. De cabeza gruesa, cuerpo estrecho y largo, es de una ligereza extraordinaria, sirviéndose de sus fuertes patas para la carrera. El gato montés no se diferencia del doméstico, más que en lo que se distingue el hombre salvaje del civilizado.

PERROS DE CAZA.

Todos vosotros, queridos lectores, conocéis al perro, el amigo más fiel del hombre, y sabéis seguramente apreciar sus buenas condiciones y el concurso que nos presta en la defensa de nuestras propiedades y en nuestros placeres venatorios. Día llegará, no obstante, en que se consagre en este periódico una curiosa monografía del perro.

Hey, al recomendaros que os fijéis en la lámina, sólo nos corresponde deciros que los hermosos perros pintados por el artista, son de los llamados *pachones navarros*, de los más apreciados por los cazadores.

COMO CRECEN LOS NIÑOS

El reverendo Malling Hansen, director del Instituto de sordo-mudos en Copenhague, ha hecho experimentos dignos de conocerse sobre el crecimiento de los niños, observando y estudiando en sus discípulos el problema en cuestión. Los experimentos han alcanzado el número de 131 en otros tantos individuos, 73, niños y 58 niñas, á quienes ha venido observando durante tres años.

Las cifras que ha recogido con admirable precisión y perseverancia incansable, permiten establecer una estadística, de la cual se pueden deducir conclusiones exactas.

Los niños, durante los tres años referidos, fueron medidos una vez cada día y pesados cuatro veces en el mismo tiempo: antes de comer, después y por la noche.

Las observaciones del reverendo Malling han dado á conocer la falsedad de la opinión vulgar de que el peso y dimensiones del cuerpo humano aumentan de un modo regular mientras se crece. No es así; el peso y dimensiones aumentan con irregularidad durante el curso del año. Este puede dividirse en tres períodos muy distintos, durante los cuales los fenómenos son muy diferentes.

En el primer período, desde Agosto á Diciembre, se cumple el *máximum* de aumento en peso y corpulencia; en el segundo período que llega hasta Abril, la corpulencia no cambia y el peso gana casi una cuarta parte de su aumento durante el período anterior; en fin, durante el resto del año la corpulencia cambia poco y el peso pierde la cuarta parte ganada en el segundo período.

El crecimiento de la talla sigue las mismas leyes: en Setiembre y Octubre no gana sino la quinta parte de los que alcanza en Junio y Julio.

En resumen: en otoño y al comenzar el invierno, los niños aumentan de peso, mientras que su estatura permanece estacionaria, y á la entrada del verano, por lo contrario, el peso cambia poco y la fuerza vital se gasta toda en el prolongamiento de las diferentes partes del cuerpo humano.

Esta periodicidad en el desenvolvimiento del cuerpo tiene singulares analogías con la que se ha observado en el crecimiento de los vegetales, y por lo tanto, es de suponer que aquella estará, como esta, sujeta á la ley del medio ambiente, no siendo los resultados los mismos en todas partes, sino con relación al clima de cada país.

X.

ESTE ERA UN REY.

Ven, mi Juan, y toma asiento
En la mejor de tus sillas;
Séntate aquí, en mis rodillas,
Y presta atención á un cuento.

Así estás bien, eso es,
Muy cómodo, muy ufano,
Pero ten quietá esa mano;
Vamos, sosiega esos pies.

Este era un Rey... me maltrata
El bigote ese carño,
Este era un Rey... vamos, niño,
Que me rompes la corbata.

Si tú vieras qué placer
Ese Rey... ¡Jesus, qué has hecho!
¿Lo ves? en medio del pecho
Me has clavado un alfiler.

¿Y mi dolor te dá risa?
Escucha y tenme respeto:
Este era un Rey... deja quieto
El cuello de mi camisa.

Oír atento es la ley
Que á cumplir aquí te obligo...
Deja mi reloj... prosigo,
Atención: este era un Rey...

Me dá tormentos crueles
Tu movilidad, chiclelo.
¿Ves? has regado en el suelo
Mi dinero y mis papeles.

Responde: ¿Me has de escuchar?
Este era un Rey... ¡qué locura!
Me tiene en grande tortura
Que te muevas sin parar.

Mas ¿ya estás quieto? Sí, sí,
Al fin cesa mi tormento...
Este era un rey, oye el cuento
Inventado para tí...

Y el niño agrega, que es dueho
En tramar cuentos á fe:
«Este era un rey... ya lo sé
Por que lo repites mucho.

Y me gusta el cuentecito
Y mira, ya lo aprendí:
«Este era un Rey... ¿no es así?
¡Qué bonito! ¡Qué bonito.

Y de besos me dá un ciento
Y pienso al ver su carín:
Los cuentos para los niños
No requieren argumento.

Basta con entretener
Su espíritu de tal modo,
Que nos puedan hacer todo
Lo que nos quieran hacer.

Con lenguaje grato ó rudo
Un niño, sin hacer caso,
Va dejando paso á paso
A su narrador desnudo.

Infeliz del que se escama
Con esas dulces lecturas...
¡Si estriba en sus travesuras
El argumento del dramal

¡Oh, Juan, me alegra y me agrada
Tu movilidad tan terca;
Te cuento por verte cerca,
Y no por contarte nada.

Y bendigo mi fortuna,
Y oye el cuento y lo sabrás:
«Era un Rey á quien jamás
Le sucedió cosa alguna.»

JUAN DE DIOS PEZA.

DERECHO NATURAL.

Hasta ahora se había creído que las cosas más serias y más graves de que nos ocupamos los hombres, debíais ignorarlas *vosotros* los niños. Y como todo lo serio y lo grave se llamaba

filosofía, se hizo un refrán que dijo: «La gramática con babas y la filosofía con barbas» reduciendo así la enseñanza de los pequeñuelos á lo estrictamente necesario para hablar y escribir correctamente y con propiedad, de donde resultaba que, como esto sólo lo estudiabais los pequeños, solían después olvidarlo los grandes.

Desde ahora, las cosas cambiarán radicalmente: los niños aprenderán un poco de todo, y apenas hayaís salido de la primera infancia, y antes de que os desengañéis del mundo, y de sus pompas y vanidades, queréis conocer la filosofía, la literatura, las matemáticas, la medicina y el derecho.

Pues bien: fiado en que os domina algo de curiosidad por averiguar *con qué se come*, por ejemplo, esto último, voy á deciroslo en pocas palabras, en tan pocas, que ni siquiera temo que tengáis tiempo de dormiros leyéndolas.

El derecho, lo que se llama *Derecho natural*, es una cosa tan grave, tan seria, tan importante... que todos podéis comprenderla con poco trabajo. Reflexionad, sino, un solo momento.

Vosotros seguramente seréis aficionados á jugar con vuestros amigos, á alborotar alguna vez, á correr en el pascó ó en la calle al ir y venir del Colegio, á daros, quizas, de vez en cuando algún bofetón para desahogar vuestra cólera por una mala pasada que debéis al compañero de estudios y diversiones. Recordad que al volver acalorados y fatigosos de alguno de estos juegos y peleas, acaso con el dolor reciente del moquete que os habéis ganado del Profesor, ó con el remordimiento de habérselo propinado al condiscípulo, vuestra madre os ha dicho que *seáis buenos*, y más tarde habéis pensado en que *el ser bueno* es tan necesario, que sin ello no merecéis el premio apetecido.

Pues esta es la lección más difícil del *Derecho natural*: hay que ser bueno.

Y diréis vosotros: «¡toma! eso ya lo sabía yo por el Catecismo.» Es que el Catecismo es el mejor libro de *Derecho natural* que encontraréis, aun después de leer muchos, y la moral cristiana que os enseña el Sacerdote, la luz que guía al *derecho*, para que no se extravíe y convierta en un amasijo de disparates.

Pero así como las operaciones de sumar y restar que os dan á conocer en el Colegio tienen su *comprobación*, que practicáis para saber si aquellas están bien hechas, así la necesidad de *ser bueno* tiene otra prueba no menos evidente y segura.

Hay que ser bueno, ¿por qué? Por que sinó mata Dios? No. Eso es una vulgaridad del *teatro antiguo*. ¿Por que lo manda el padre, el Maestro?... El



LA NIÑA ENFERMA.



ESTATUA DE JUAN SEBASTIAN DE ELCANO.

padre y el Maestro no mandarían semejante cosa, sino fuera *justa*. La *justicia* es, pues, lo que manda ser bueno y hacer el bien.

¿Y qué es la justicia? Vosotros habéis oído hablar vagamente de una justicia que lleva á la cárcel; no os acordéis ahora de eso.—Justicia es lo que os impide castigar á vuestros hermanos más pequeños; lo que os obliga a repartir entre ellos lo que tenéis, por partes iguales, y á dar á cada uno lo suyo; es vuestro padre que os lleva al teatro cuando os portáis bien en el Colegio, vuestra madre que os regaña cuando hacéis alguna diablura, y Dios, que allá desde el cielo vela por nosotros y dirige el mundo con su Divina Providencia. La justicia es la mejor de las virtudes, y si la practicáramos de corazón, la tierra no sería un valle de lágrimas, si no un paraíso de venturas.

Concluyamos la comprobación

Hay que ser bueno, porque eso es lo justo. Con las dos cosas tenéis formado el *Derecho natural*. Hace falta una tercera, que es...

¡La sociedad!... Ahí es nada. Hemos nacido para vivir unidos sirviéndonos unos á otros, y no podríamos existir si tal unión desapareciera y cada *quién* se fuera por su lado. Desde Adán y Eva, la humanidad compone una inmensa familia, en la cual no entendemos por medio del lenguaje; esto es la *sociedad*. Sin ella, ni el hombre sabría qué hacer, ni el *Derecho natural* se habría inventado.

Vosotros, desde que nacéis, necesitáis de otras personas, v. gr.; primero del ama de cría, segundo de vuestra mamá, tercero del maestro, etc. etc. Figuraos que estáis solos... ¡qué aburrimiento... y qué desgracia!

Por consiguiente comprenderéis muy bien que siendo eso la *sociedad*, vivamos en *sociedad*, no porque queramos, sino porque no tenemos otro remedio.

Y, en fin, sin la *sociedad* el *Derecho natural* sería imposible é inútil. Para ser bueno, hay que serlo *con alguien*.

Conque ya véis que ésto es tan claro, tan sencillo, que temo que me digáis que puede enseñar *Derecho natural*.. hasta el aguador.

RAMÓN GIL OSORIO Y SÁNCHEZ.

MARIQUITA LA VANIDOSA.

CUENTO INFANTIL.

La madre de Mariquita amaba con delirio á su hija única, niña voluntariosa, enfermiza y vana, que explotaba hábilmente este amor para satisfacer el menor de sus caprichos.

Siempre son los niños ingeniosos cuando de sus apetitos se trata.

El padre de Mariquita, hombre discreto y prudente, veía con disgusto la educación materna que recibía su hija, y amonestaba de vez en cuando á su esposa para que cambiase de táctica; pero todo inútil: Mariquita había

sorbido los sesos á su mamá, y la antojadiza niña hacía y deshacía cuanto la daba la gana.

Era la vanidad su defecto dominante, y el lujo la manifestación infantil más lógica de aquel defecto.

Solo su desatentada madre tenía paciencia suficiente para vestir á Mariquita, prodigio de coqueterías y obra de romanos en que aquella pobre mujer pasaba las mejores horas del día.

Por lo común, Mariquita se dejaba poner la ropa blanca sin protesta, prendas interiores que eran, por supuesto, finísimas, elegantes, almidonadas, esplendentes y bordadas á realce.

La niña se miraba al espejo, levantaba sus bracitos, daba vueltas sobre sí misma, contemplando el descote y encajes de su chambra y la falda y bordados de sus enaguas, y hacía otros mil dengues y piruetas, indicio seguro de la idolatría que había de profesarse Mariquita cuando fuese mujer.

Las disputas empezaban al calzarle las botinas.

—Mamá, yo no me pongo esas botas, que tienen el tacón torcido.

—Pero hija, qué han de tener el tacón torcido si hace ocho días que las estrenaste!

—Sí, pero los botones ya no relucen.

—Porque los has destrozado.

—Pues no quiero, no quiero y no quiero.

Mariquita cogía las botas y de un golpe las arrojaba al rincón más distante del cuarto.

Se armaba su madre de paciencia y salía al momento con otras botas de charol. Si eran recién hechas, Mariquita permitía que se las calzase sin chistar, y hasta toleraba que le hicieran daño, contemplando después su menudo pie con regocijo, dando saltos y haciendo otras mil monerías infantiles. Si no brillaban bastante, al rincón con ellas, y otras al puesto.

Sobre sí se había de poner el vestido de raso blanco, el de terciopelo negro, el de moaré rosa, el de cendal azul, tenían lugar, entre madre é hija, cuestiones y mimos sin cuento.

El demonio de la vanidad había tomado posesión de Mariquita y no había medio fácil de arrebatarse su presa.

Engalanada con este ó aquel traje, con tal ó cual sombrero, flores así ó así, Mariquita se pasaba engreída como un girasol, se miraba y remiraba á los espejos, de frente y de perfil, por delante y por detrás, francamente y de soslayo, se saludaba con la mano y con inclinaciones de cabeza á sí misma, y reventando de satisfacción al ver cumplido su apetito desordenado de vanidad, avalanzábase á su madre, y cubriéndola de besos estrepitosos, decía:

—Mamá, ¡cuánto te quiero!

Aquella madre imprevisora, con esto daba por suficientemente recompensados los sabores que le costaba el vestir á su Mariquita y proseguía imprudente fomentando la vanidad de la niña.

..

El vestido de cola era uno de los sueños dorados de Mariquita, y como no tenía edad, ni mucho menos para vestir de largo, se disfrazaba frecuentemente en su casa poniéndose vestidos de su mamá, que para ella resultaban de cola por todos lados.

—Mamá—le dijo en cierta ocasión Mariquita;—deja que me ponga aquel vestido tuyo de gró que llevabas el día de Jueves Santo.

—No hija, que me lo mancharás todo.

—Sí, mamá; lo arrastraré con muchito cuidado.

—Vaya, Mariquita, no te empeñes, que es el mejor que tengo.

—Pues por eso mismo lo quiero, lo quiero y lo quiero.

La frase sacramental había sonado y en vez de una zorra, aquella madre indiscreta dió á Mariquita el vestido de gró.

—Toma; pero pásate nada más sobre la alfombra del salón.

..

La niña besó á su madre y corrió á arrastrar por el salón tan lujoso vestido.

Veinte veces lo recorrió de arriba abajo contemplando con delectación pecaminosa aquella amplísima y larga cola de seda; pero como nadie la vigilaba, arrastró también el rico vestido por otras piezas de la casa, y cayó por fin en la tentación de bajar y subir la escalera, barriéndola con la majestuosa cola.

Dicho y hecho; pero no sabemos qué fue antes, si el pecado ó la penitencia.

Traváronse los menudos pies de la vanilosa niña con la falda delantera del vestido, perdió el equilibrio, no supo ó pudo asirse al pasamanos, y rodó de cabeza de alto á bajo, midiendo con su delicado cuerpecito la escalera toda.

No son para referidos el terror y lamentos de la criatura, que aunque no se mató, porque los niños tienen siete vidas como los gatos, quedó, no obstante, herida, contusa, maltrecha y magullada.

Su padre, que entraba á la sazón en casa, la recogió medio muerta, y sangrando por varios puntos de la cabeza, la entregó á su mujer, diciendo:

—Aquí tienes el fruto de la vanidad desenfrenada de nuestra Mariquita y de tus tolerancias y educación inconcebibles.

M. POLO Y PEYROLON.

¿DULCE Y SABROSA...

...Como la fruta del cercano ajeno.

Un muchacho, encaramado sobre la tapia accesible de cierto ajeno cercado, un abundante granado talaba, de un modo horrible.

En su febril ambición, cortaba sin tón ni són el fruto de rojos granos, que ya en creciente montón no cabía entre sus manos.

Emprender la retirada prete día el rapazuelo, con la cosecha robada, cuando rodó una granada, pausadamente, hasta el suelo.

Al mismo tiempo que el ruido de aquel cuerpo que caía, oyóse un fuerte ladrido; y un cán, que en la finca había, se lanzó hacia el atrevido.

Sobrecogido el ratero con tan imprevisto lance, el botín, arrojó, entero; y en escapar, lo primero pensó, de tan duro trance.

Ganar quiso en ligereza lo ya perdido en aplomo, y á pesar de su destreza, al saltar, sin saber cómo, cayó en tierra de cabeza.

Resultado tan fatal obtuvo de la caída, que además de un cardenal sobre la región frontal, sacó la nariz partida...

Semejante atrevimiento, caro pagó el infeliz; pues se quedó en un momento, el mozalvete del cuento, sin granada y sin nariz.

MARIANO DEL TODO Y HERRERO.

FALSA EDUCACIÓN.

COMEDIA INFANTIL EN UN ACTO.

(IMITACIÓN, POR D. JOSÉ MARÍA SBARBI)

PERSONAS

DOÑA LEONOR.

ELOÍSA, su sobrina, de edad de 15 años.

JUANITO, hermano de Eloísa, de edad de 14 años.

DON GUILLERMO, tutor de ambos.

La escena pasa en Madrid, en la sala principal de la casa de Doña Leonor.

ACTO ÚNICO.

ESCENA I.

DOÑA LEONOR, DON GUILLERMO.

LEON. ¡Nada, nada, Sr. D. Guillermo; más hace el que quiere que no el que puede! ¡No acordarse en cinco años de hacer una visita á su pupila ni á mí... vamos, que es mucha crueldad!

GUILL. Pero señora mía, ¿qué quiere V.? Mis muchas ocupaciones, la poca salud de que gozo, las molestias del viaje...

LEON. ¡Diez horas de tren... vaya una molestia!

GUILL. Lo de menos es el tren, aunque su ruido no es lo que mejor sienta á mi delicada cabeza; lo de más es el tener que andar cinco leguas en una caballería, cuando sabe V. que la gota no me deja un momento de descanso. Créame V., doña Leonor, soy una pura lacra de los pies á la cabeza.

LEON. Mucho lo siento; pero siendo ello así, razones muy poderosas serán las que le impulsan á abandonar su retiro y proporcionarnos el gusto de que lo veamos por acá.

GUILL. No he venido con otro objeto que con el de ver á mis queridos pupilos, Juanito y Antoñita.

LEON. ¡Antoñita, Antoñita! pues, qué: ¿no sabe V. cómo se llevaron una Antonia y han traído una Eloísa?

GUILL. Explíquese V., señora, porque me pone V. en un mar de confusiones.

LEON. Pues sabrá V. que su pupila se confirmó el mes pasado; y como no ignora V. que el en Sacramento de la Confirmación, se puede variar el nombre de Pila, disgustada mi niña con el suyo de Antonia, lo trocó por el de Eloísa, nombre ¿quién lo duda? mucho más bonito...

GUILL. (*pensativo*). ¡Ya! Hizo como usted en igual circunstancia, que, habiéndole impuesto en la Pila Bautismal el nombre de Juana, lo mudó por el de Leonor. ¡Bien por tanta novelería y tanta novela! ¡Loor al romanticismo!

LEON. Bien sabe V. que siempre

fué ese mi flaco; pero si cada cual tiene en este mundo su ventanita por donde asomarse... (*con ironía*) dejemos á ca' la loco con su tema. Por de pronto, huélgome muy mucho en anticiparle la noticia de que Eloísa es una alhaja que no tiene precio. ¡Qué talento aquel! ¡qué habilidosa es! ¡qué monona!

GUILL. Con tales elogios no hace usted sino avivar más y más los deseos que tengo de verla. Pero ¿dónde está que no viene?

LEON. Está en el tocador.

GUILL. ¿En el tocador á estas horas? Mas, á todo esto, ¿dónde está Juanito, que no le veo y deseo abrazarlo? Digo, si ya no es que, en vez de Juanito se llama ahora Arturo, César ú Horacio, nombres que, como el de Leonor y Eloísa, no figuran en el Martirologio.

LEON. (*aparte*). (Aguanto la rociada, por lo que me conviene; que sinó... (*alto*). Cuando recibimos anoche el parte en que nos daba V. cuenta de su llegada, ya era bastante tarde; los muchachos han tenido mucho que hacer, y Francisca no ha podido apartarse un momento del lado de mi sobrina.

GUILL. Hágame V. el favor de mandar inmediatamente por Juanito; entretanto subiré yo al cuarto de su hermana.

LEON. No, señor, no, que nos exponemos á que le dé un susto al ver entrar á V. tan de improviso. Mejor será que me adelante yo á prevenirla. (*Vase*)

ESCENA II.

DON GUILLERMO (*solo, paseándose pensativo*).

¡Mucho será que esta D.^a Leonor de mis pecados no esté dando á su sobriñita la misma educación que recibió ella! Tres horas de tocador... emperujarse como si fuera á un baile... dejar nombres de santos por tomar los de heroínas de novelas... ¡Qué cierto es que quien tuvo, retuvo y guardó para la vejez! Y, menos mal, si es que no ha desatendido cosas de mayor cuantía...

ESCENA III.

DICHOS, Y DOÑA LEONOR.

LEON. En seguida baja, Sr. don Guillermo, como que está acabando de arreglarse la última onda.

GUILL. ¿Y quién repara, en ocasión como ésta, en onda más ó menos?

LEON. El deseo de agradar á V...

GUILL. ¿A fuerza de ondas? ¡Vaya, vaya!... ¿Mandó V. por Juanito?

LEON. (*con impaciencia*). Para eso sobra tiempo.

GUILL. El tono con que me contesta V. me hace sospechar si no se habrá hecho acreedor á que abrigue yo tantos deseos de verlo y estrecharlo en mis brazos.

LEON. No digamos que sea malo; pero aquella finura que tanto recomienda al individuo en la sociedad, aquellos modales delicados y exquisitos..., la verdad sea dicha, no los tiene.

GUILL. Pues, qué: es huraño, grosero, incivil en el trato con las personas?

LEON. Tanto como eso, nó. Dicen que sabe muchas cosas, y que tiene la cabeza llena de latines; pero repito que los modales delicados con que se presenta en sociedad su hermana, el aire de soltura que ostenta ésta en su continente, y por último, ese aroma de arrogancia seductora que respira ella, ni los tiene él, ni llegará á tenerlos nunca. Es un chico de esos de á la pata la llana.

GUILL. Pues mire V., señora; por lo que voy viendo, creo que nada pierde ni perderá en no tener de presente, ni de futuro, la mayor parte de esas cualidades cuyo panegirico acaba de intentar V. Muy bien está lo de *modales delicados*; pero, por Dios, que un *aire de soltura* en una joven de 15 años, junto con un *aroma de arrogancia avasalladora*, más me huele á tufo de coquetería y vanidad, que no á sencillez elegante y á dignidad mesurada. Ahora, en cuanto á lo de *á la pata la llana*, ¿qué quiere V. esperar de un estudiante de 14 años? Lo que importa es que tenga buena índole; ¿la tiene?

LEON. Así, así. La que es una maravilla es mi Eloísa. ¡Qué cúmulo de gracias, primores, habilidades y perfecciones reúne! Lo que es Juan, lo vemos muy de tarde en tarde.

GUILL. ¿Y por qué razón?

LEON. Por no distraerlo de sus estudios, en primer lugar, y después, porque no presta atención á las lecciones de etiqueta que le damos.

GUILL. ¡Vaya, vuelta á las andadas; eso vendrá con el tiempo! Un niño de su edad, lo que tiene que hacer, es escuchar á los demás para irse instruyendo poco á poco, y colocarse en disposición de hablar debidamente cuando le llegue su vez.

LEON. Siento no estar conforme con la opinión de V.; pues, qué, ¿hemos de hacer que se parezcan á esos muñecos de movimiento que permanecen inmóviles en tanto que no se les dá cuerda?.. A quien dá gusto oírle hablar, es á mi sobrina. ¡Qué facilidad! ¡qué desembarazo! A veces cuesta trabajo seguirle el hilo de la conversación.

GUILL. Pues señora, á eso se le dá en mi tierra, y en la de V., el nombre de *taravilla*. Pero, en fin, ya iremos viendo poco á poco cuál de los dos

(Se continuará.)

JOSÉ MARÍA SBARBI.

MOSAICO.

Recientemente se ha construido en los Asilos del Pardo el local para escuelas de niños. Es un vasto salón de 27 metros de longitud por 11 de ancho y cuatro y medio de altura, perfectamente ventilado é inundado de luz. El menaje ha sido construido en el establecimiento con arreglo á los adelantos modernos. Las paredes están cubiertas de mapas y cartones. En la instrucción de los niños acogidos se procura que adquieran la mayor suma de conocimientos prácticos en los diversos artes y oficios. A las clases asisten unos 120 muchachos.

Las Escuelas Dominicales de Alumnas ascienden en toda España al número de 162, de las que 12 pertenecen á la provincia de Madrid, dando educación á unas 41.000 jóvenes, entre las cuales se reparten numerosos premios y varios dotes cuando toman estado de matrimonio ó profesan en algún convento ó instituto religioso.

En el año escolar terminado el 30 de Agosto de 1886, se gastaron para instrucción pública gratuita en el Estado de Nueva York 13.284.986.64 pesos fuertes, en la siguiente forma: 9.102.268,97 en sueldos á instructores y maestros; 2.766.455,38 en adquisición de terrenos y construcción y mejora de edificios; 310.152 en útiles docentes; 40.509 en libros y 555.590 en gastos incidentales.

El número de Maestros empleados fué de 31.321; el de niños de edad escolar, 1.735.073, de los cuales concurrieron á las escuelas 1.027.767, con un promedio de asistencia diaria de 625.813.

Hay en los distritos rurales del Estado de Nueva York 11.262 escuelas, y en ellas 734.504 volúmenes didácticos.

¡Como en España!

El apoderado de la señora marquesa viuda de Valderas, ha presentado en la Dirección general de la Deuda títulos de la renta perpetua, por valor de 1.125.000 pesetas para su conversión en una inscripción intransferible que se ha de expedir á favor de las escuelas públicas gratuitas con asilo para pobres en la Santa Espina (Valladolid), fundación de dicha señora, y por lo tanto, quedan dotadas las mismas con una renta anual de 45.000 pesetas.

El Profesor del hospital del Niño Jesús, D. Francisco Tierno y López, ha dado recientemente una conferencia interesantísima en el Ateneo antropológico, sobre *La difteria en los niños y su tratamiento*. El orador, que demostró profundo conocimiento de la materia, lo mismo en su reseña histórica de la enfermedad, que en las condiciones sobre su carácter y tratamiento, afirmó que los casos de difteria ocurridos en Madrid, muchos de ellos benignos, no pueden constituir verdadera epidemia.

En vista de las crueldades de que son víctimas muchos niños en Inglaterra, y de la imposibilidad de impedir verdaderos crímenes cometidos por padres desnaturalizados, el Cardenal Manning ha propuesto una serie de reformas que tienden: primero, á que se admita en la legislación el principio de que el testimonio de una criatura pueda ser valedero en justicia siempre que haya motivos para creer que es maltratado; segundo, que se prohíba mediante una ley el que se maltrate, torture ó se alimente insuficientemente á los niños; tercero, que el parlamento admita el testimonio de la mujer en contra del marido y que limite las horas durante las cuales está permitido á las criaturas el vender objetos en las calles.

El teatro de Buenavista, situado en la calle de Piamonte, ha vuelto á abrir sus puertas al público con una compañía infantil.

En muchos puntos de Europa se ha formado ya una verdadera cruzada contra los niños fumadores. En Francia la llevan á cabo principalmente los Maestros, en cuyas Escuelas aparecen escritas en gruesos caracteres, máximas como las siguientes: «*El hábito de fumar crea en la juventud una costumbre avasalladora que debilita y enerva todas sus fuerzas.*» «*El fumar oscurece la inteligencia de los jóvenes y les priva casi por completo de la memoria.*» etc. Un encanecido Profesor asegura, en confirmación de estas verdades, que ninguno de los niños fumadores que ha conocido en su larga carrera profesional, ha descollado por su aplicación, talento ó memoria.

En Suiza, desde hace algunos años, imponen las autoridades fuertes multas á los padres que no impiden fumar á sus hijos.

Los estados de Alemania, en su mayor parte, han creído también conveniente dictar leyes prohibiendo fumar en la vía públi-

ca á los jóvenes menores de 16 años, y haciendo á los padres responsables de las transgresiones que sus hijos cometan contra las mismas.

En el café-teatro de Buenavista, donde trabaja una compañía infantil, se ha estrenado la zarzuela *Antolín*, letra y música de los hijos del Maestro compositor, Sr. Taboada.

JUEGOS DE IMAGINACIÓN

SOLUCIONES Á LOS DEL NÚMERO 2.º

IV.—Cuando Tamerlánd hizo prisionero á Bayaceto, llevó la crueldad con él hasta el punto de exigirle humillaciones tales, como la de hacerle servir de estribo cuando montaba á caballo.

V.—Aristóteles.

VI.—El silencio.

Han remitido soluciones, los suscritores Manuel de Linán, José López Alonso, Nicolás Oseñalde, Ceferino Aramburu, Manuel Huidobro, José Huidobro, María Ana Janer, Ana María Jiménez, Teresa Benito Domínguez, Félix Herrero, Domingo Regueral, David Ortiz Arce, José María Galán, Luisito Grondona, María del Todo, Mariano Rodríguez, Juanito Gómez, Bernardo Gutiérrez, Salvador Viada.

NUEVOS PROBLEMAS

ADIVINANZA.

Sin principio, animal soy,
sin fin, florezco en el campo,
y si me quitas el medio,
metido en el agua canto.

(Villafumés.)

EUSEBIO CHILLIDA.

VIII.

¿Qué palabra bisilaba hay en castellano, en que la sílaba segunda, valga cinco veces la primera?

IX.

¿Cuál es el actor, bien conocido, que puede leer su nombre y apellido silabeando, lo mismo de derecha á izquierda que de izquierda á derecha?

Imp. y Lit. de J. Palacios, Arenal, 27.

SECCIÓN DE ANUNCIOS.

EL MUNDO DE LOS NIÑOS.

REVISTA DECENAL INFANTIL

CON MAGNÍFICOS CROMOS, GRABADOS Y CUENTOS ILUSTRADOS.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

ESPAÑA.

Un trimestre, pesetas 4. —Un año, pesetas 12.

ULTRAMAR Y EXTRANJERO.

Un semestre, pesetas 12.—Un año, pesetas 20.

NÚMEROS SUELTOS.

LA ILUSTRACIÓN con suplemento en cromo, ptas. 0,25

Idem id. atrasado. 0,50

Cada ejemplar de los cuentos ilustrados. 1,

Todos los números llevan un suplemento en cromo, y al primero de cada mes acompaña un magnífico cuento ilustrado, con láminas en colores.